

la repetición de actos que habían atraído sobre ese país, á costa de expediciones onerosas, represiones severas, mas siempre ineficaces. Estas garantías debían principalmente resultar de la constitución de un gobierno arreglado, bastante fuerte para romper con las tradiciones de desorden, triste legado de poderes efímeros. Por más que se deseara el establecimiento de ese gobierno, nosotros ménos que nadie podíamos pensar en imponerlo, y hemos protestado siempre en alta voz contra semejante designio. No hemos querido creer, sin embargo, que faltasen en la sociedad mexicana los elementos de una regeneración política indispensable, y nos habíamos prometido secundar todos los esfuerzos que intentara el país mismo, para arrancarle á la anarquía que le devora. Esta empresa era grande: sedujo al emperador Maximiliano. Al llamamiento del pueblo mexicano se consagró completamente á la empresa, sin que le arredrasen sus dificultades y peligros: él pensaba, como el Emperador Napoleón, que se enlazaban grandes intereses de conciliación y de equilibrio con la independencia de México y la integridad de su territorio, garantizadas por un gobierno estable y reparador, y *él sabía que no le faltaría nuestro apoyo para ayudarle á realizar una obra que interesaba al mundo entero.*

"Los deberes del Emperador hácia Francia le imponían, sin embargo, la obligación de calcular, según la importancia de los intereses franceses comprometidos en esta empresa, hasta dónde había de extenderse el concurso que le era permitido ofrecer á México para asegurar el éxito. Hé aquí el objeto del tratado de Miramar. Ahora bien, del contrato que

había establecido nuestros derechos y nuestras obligaciones, Francia ha cumplido largamente las cargas que había aceptado, y no ha recibido de México sino muy incompletamente, las compensaciones equivalentes que se le habían prometido. Este es un hecho que debemos hacer constar, porque no depende de nosotros el suprimir sus consecuencias. Estamos lejos de desconocer los obstáculos y las dificultades de todo género contra los que ha tenido que luchar S. M. el emperador Maximiliano. Si hemos deplorado á menudo que sus leales intenciones no fuesen mejor secundadas, hemos aplaudido siempre su activa solitud y su generosa iniciativa.

.....
 "Los resultados no correspondían á nuestras esperanzas, á pesar de la habil y enérgica dirección del Mariscal, y del concurso de un ejército que nada deja que desear. . . .

"El Gobierno francés facilitaba el arreglo de empréstitos, que auxiliaban en sus apuros al tesoro mexicano, y, sin embargo, nuestros sacrificios no han sido recompensados sino con arreglos de cuentas ilusorias. Hemos dado consejos amistosos; pero la resistencia sistemática de los consejeros de S. M. se manifestaba, sobre todo, en lo que concernía á los intereses de la Francia. Deberemos recordar aquí á costa de cuántos esfuerzos la legación de Francia pudo obtener al fin una reparación insuficiente de los daños y perjuicios sufridos por nuestros nacionales, mientras se arreglaban, sin contestación, las reclamaciones inglesas: en los momentos mismos en que se encontraban recursos para solventar sin demora y

en metálico créditos dudosos y no exigibles, hemos visto discutir hasta el origen de las reclamaciones francesas, no obstante estar reconocidas por el tratado de Miramar como la causa determinante de nuestra expedición, y que aun en el caso de no haber estipulado nada en su favor, *constituirían una deuda de honor é indiscutible.*

"Después de haber indicado en todas circunstancias al gobierno mexicano la necesidad en que estaba de proveer por sí mismo á su propia seguridad, y de haberle declarado repetidas veces que el concurso que le prestábamos, no sería mantenido sino en tanto que las obligaciones correspondientes, contratadas con nosotros, fueran estrictamente cumplidas, hemos hecho que se le expongan las consideraciones imperiosas que no nos permitían pedir á la Francia nuevos sacrificios, y que nos decidían á retirar el ejército expedicionario. Al adoptar esta resolución, sin embargo, hemos prescrito que se ejecute en los plazos y con las precauciones necesarias, para evitar los peligros de una demasiada brusca transición. Hemos debido ocuparnos, al mismo tiempo, de *substituir á las estipulaciones, de hoy en adelante sin valor, del tratado de Miramar,* otros arreglos dirigidos á afianzar la seguridad de nuestros créditos. El ministro del Emperador en México ha recibido, en su consecuencia, las instrucciones necesarias para celebrar sobre este punto una nueva convención. Dichas instrucciones, como todos los actos del emperador Napoleón, están inspiradas por los sentimientos naturales que le unen al Emperador de México, y por su deseo sincero de conciliar intereses que no quiere separar. El

ha apreciado las razones *que han decidido á sus representantes, á no apresurar la conclusión inmediata de los arreglos que se le indicaban,* pero ha sentido el ver al Gabinete mexicano aprovecharse de su condescendencia, para trasladar á París el centro de una negociación que no podía seguirse útilmente sino en México.

"El emperador Napoleon ha sentido, sobre todo, ver reproducidos en el proyecto de tratado sometido á su gobierno por el general Almonte, proposiciones ya formuladas, y que cada vez que se han reproducido le han obligado á rechazarlas las razones más poderosas. Según ellas, la permanencia de las tropas francesas habría de prolongarse más allá del término convenido; se nos piden nuevos anticipos de fondos, previendo la insuficiencia de los recursos del tesoro mexicano, y se aplaza el reembolso para épocas indeterminadas; ninguna prenda se nos ofrece, ninguna garantía se estipula para asegurar nuestros créditos. Después de las declaraciones francas, leales y explícitas del gobierno francés, cuesta trabajo *explicarse la persistencia de las ilusiones que han presidido á la concepción de su proyecto.* Es imposible admitir las proposiciones del general Almonte y autorizar su discusión. Será preciso estipular un nuevo convenio.

"Si S. M. el Emperador Maximiliano aprueba las combinaciones que le serán presentadas, se mantendrán los términos fijados para el reembarco sucesivo de las tropas francesas, y el mariscal Bazaine adoptará, de acuerdo con S. M., las medidas necesarias para que la evacuación del territorio mexicano se efectúe en las condiciones más favorables, para el soste-

nimiento del orden y la consolidación del poder imperial. Si, por el contrario, nuestras proposiciones fueren rechazadas, no debemos desimular que, considerándonos en adelante libres de todo compromiso, y firmemente resueltos á no prolongar la ocupación de México, *ordenaríamos al mariscal Bazaine que procediera con toda la actividad posible al reembarco del ejército, no teniendo en cuenta sino la comodidad militar y las consideraciones técnicas que solo él puede apreciar.* Deberá ocuparse al mismo tiempo de procurar para los intereses franceses las seguridades á que tienen derecho.

"El emperador Napoleón tiene la conciencia de haber cooperado á la obra común: á México corresponde en lo sucesivo consolidarla. La tutela extranjera, prolongándose, es una mala escuela y un manantial de peligros: en el interior acostumbra á no contar consigo mismo, y paraliza la actividad nacional; en el exterior suscita sospechas y despierta susceptibilidades. Ha llegado el momento para México de desvanecer todas las dudas, y elevar su patriotismo á la altura de las circunstancias difíciles que atraviesa. En el interior como en el exterior, los ataques dirigidos contra la forma de las instituciones que se ha dado irán debilitándose, sin duda, gradualmente, *cuando esté sólo para defenderlas,* y serán impotentes contra la unión del pueblo y su Soberano, robustecida por las pruebas valerosamente aceptadas y soportadas en común. De S. M. el Emperador Maximiliano será la honra de haber realizado de ese modo la obra civilizadora, de que nos enorgullecemos siempre por haberla protegido y alentado desde su principio."

Maximiliano luego que acabó de oír leer lo que antecede, exclamó mesándose las barbas:

—Napoleón me ha engañado: existe una convención formal entre él y yo, sin la cual jamás habría aceptado el trono, que me garantizaba absolutamente el auxilio de las tropas francesas hasta fines de 1868.... ¡es un impostor!

Palabras textuales é históricas.

Eloin por su parte dijo montado en ira:

—Napoleón ha faltado á su palabra y á su honor en tres momentos solemnes: primero, con su perjurio del 2 de Diciembre; segundo, cuando aseguró que no se mezclaría en la política interior de México, y aprobó que fuera violado el tratado de la Soledad; y tercero, escupiendo en su firma puesta al pie de la convención de Miramar.

Y como si semejantes golpes no bastaran para abatir el ánimo del Archiduque, que era en sumo grado impresionable, vino á recibir en medio del pecho el tercero que sintió que lo hería más terriblemente.

Había hecho su viaje á Cuernavaca con una causa especial, como siempre que se sepultaba en aquella deliciosa residencia, en que la sola vegetación del lugar le causaba vértigos de placer.

Creía haber dejado todo arreglado perfectamente para alcanzar la entrevista que deseaba con toda su alma.

Si no había montado á caballo para regresar á México cuando obtuvo cualquiera de las dos noticias anteriores, que para él eran igualmente funestas, fué porque todavía esperaba tener una compensación.

Quizás el día siguiente la tendría.

No se le había señalado fecha fija para dar cumplimiento á las órdenes, mejor dicho, á los anhelos imperiales; pero se le había asegurado que no transcurriría una semana sin que viera llegar á la persona que con tantas ansias esperaba.

Esa persona era Aurora Jimenez, la sobrina del coronel Cisneros. Por fin éste se había amansado con las exhortaciones de su mujer y tal vez creyó candorosamente que no había peligro en que su sobrina tuviera una entrevista honesta con el Emperador como éste se lo había asegurado. S. M. lo único que deseaba era que lo viera de cerca, seguro de vencerla con sus hechizos personales.

Así pues, había dicho al coronel que él mismo la llevara: que no pretendía más sino conversar con ella sin estar bajo el peso de las miradas de la corte: que deseaba hacerle ante la naturaleza una demostración de sus simpatías y nada más. El ilustre príncipe creía que todo era tenerla allí bajo sus miradas para fascinarla y rendirla.

Cisneros tranquilizó los rugidos de su conciencia con las protestas del soberano de que no cometería el menor abuso y consintió en llevarla como si se tratara de un paseo inocente. Se le habían facilitado todos los medios para que hicieran el viaje segura y cómodamente.

Maximiliano recibió una carta en que el coronel le decía:

“Señor:

“S. M. la Emperatriz ordenó á su dama de honor, mi esposa, que llevara á Aurora ayer á Palacio: tuvo

que obedecerla, la llevó y aquella la retuvo. Más tarde fuí por ella y se me impidió que la viera. Hoy se dignó recibirme S. M. y me ha notificado que Aurora ha salido fuera de México por orden suya. Que es su protegida, que ella ha cuidado de colocarla en lugar seguro y que se ha procedido en todo con la voluntad de la joven. Al efecto me ha mostrado una carta firmada por Aurora, en que dice que procedo de entero acuerdo con S. M. la Emperatriz.

“Súbdito de V. M. muy ardiente.—*Tirso Cisneros.*”

—¡Condenación! exclamó el Archiduque, en esta vez tirándose no sólo de las barbas sino también de los cabellos, mi estrella me abandona.

Poco después con un mal humor que no había llegado á vérselo, dió esta orden:

—A México, señores.

